

**MIKECRACK, EL TROLLINO,
TIMBA VK**

Los COMPAS

SE CONVIERTEN EN BEBÉS



mī

**MIKECRACK, EL TROLLINO,
TIMBA VK**

Los COMPAS

SE CONVIERTEN EN BEBÉS

ÍNDICE

- 1.** Un mandado incompleto, 8
- 2.** El concurso misterioso, 20
- 3.** Un nuevo compañero de aventuras, 34
- 4.** ¡Traición en el parque de juegos!, 44
- 5.** Mamaderas explosivas, 54
- 6.** ¡Atrapados en la cuna!, 66
- 7.** Malababa confiesa su plan, 80
- 8.** El banco central de cubodólares, 94
- 9.** El mejor guía que cualquiera podría desear, 106
- 10.** Dentro de la bóveda de máxima seguridad, 118
- 11.** Una huida a tiempo siempre es la mejor opción, 128
- 12.** Traiciones de última hora, 142
- 13.** Una emboscada imprevista, 152
- 14.** Malababa y Malaleche, 164
- 15.** El plan dentro del plan, 176
- Epílogo.** El principio de una hermosa amistad, 188

1.

UN MANDADO INCOMPLETO

A LA UNA Y CUARENTA Y SIETE DE LA TARDE, cuando la mayoría de las personas ya han desayunado, ordenado el cuarto, visto la tele y hasta andado en bici, Timba todavía seguía durmiendo en su cama, con la cara pegada a la almohada mientras una babita caía de su boca.

—¡A ver, perezoso, levántate ya, que hay trabajo! —exclamó su abuela Hortensia mientras entraba en la habitación con la decisión de los generales que se disponen a conquistar terreno enemigo.

—¿Hmmm? ¿Qué pasa? —preguntó su nieto abriendo un ojo—. ¿Ya es Navidad?

—¡No! ¡Es lunes! —respondió la mujer mientras se quitaba el delantal verde que llevaba puesto, en el que se podía



leer la frase: «Lentejas: si quieres las comes y, si no, las dejas».

—Entonces déjame dormir cinco minutitos más...

—¡Ni hablar! ¡Llevo preparando lentejas desde las siete de la mañana y tú ni siquiera te has molestado en ayudarme!

—Es que apenas puedo moverme —se excusó el muchacho mientras escondía la cabeza debajo de las sábanas—. ¡Yo para ser persona necesito descansar al menos dos días seguidos!

Aquello era verdad. Timba era la persona más perezosa del mundo. Tanto, que a veces se ponía el despertador a las siete de la mañana y se levantaba a las siete de la tarde... pero del mes siguiente.

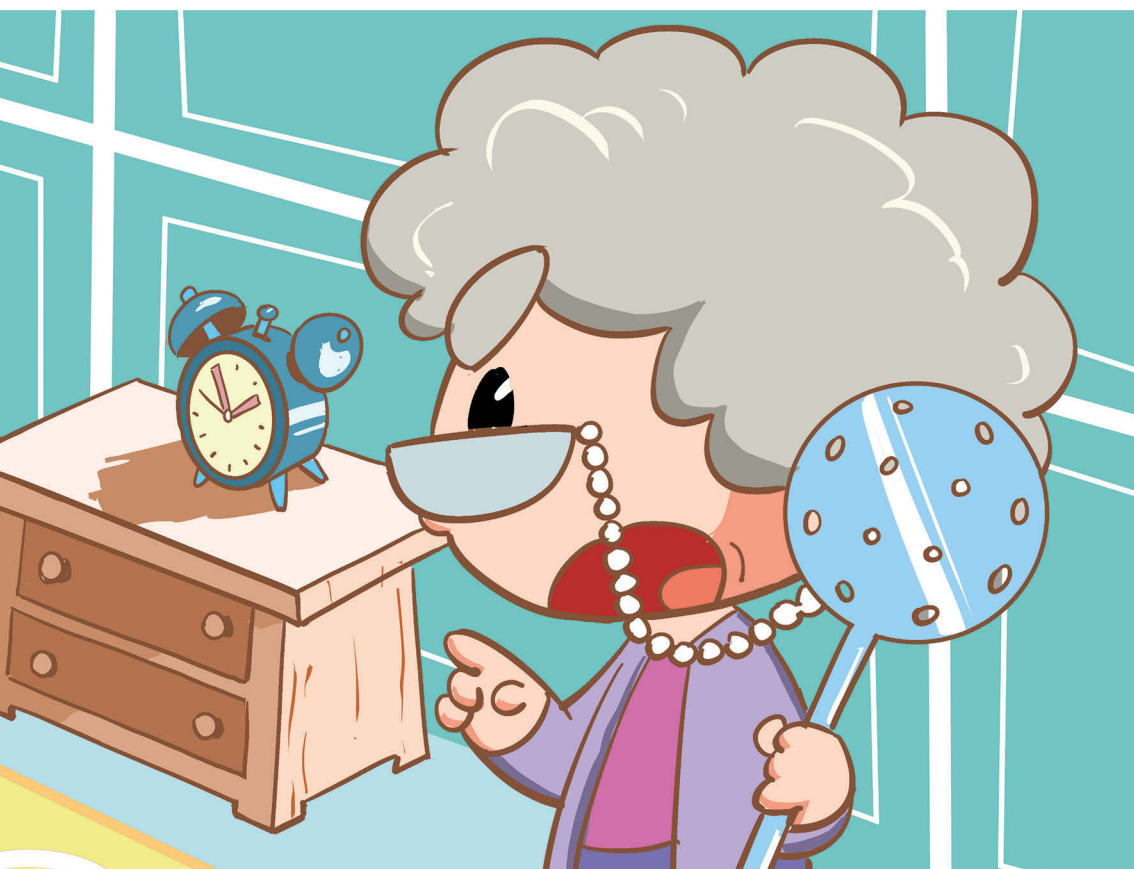


—¡Pues eso de dormir se acabó! Tienes una misión que cumplir —le dijo Hortensia con tono serio, como si le estuviera encargando una misión secreta de la que dependiera la paz mundial—. Ve a la tienda del señor Joaquín y trae dos frascos de pimentón picante *pa'* que pueda preparar más lentejas.

—¿Lentejas otra vez? —se quejó Timba—. ¡Pero si llevamos comiéndolas todo el mes!

—¿Y qué más da? —repuso Hortensia lamiéndose los labios al pensar en las legumbres—. ¡Las lentejas son lo más! ¡Tienen mucho hierro!

—Ya, pero es que, como sigamos a este paso, ¡voy a convertirme en un yunque!



—Anda, deja de decir tonterías y vete *pa'* la tienda.

—Bueno, vale, pero primero deja que me eche una siesta corta de cinco horas *pa'* juntar fuerzas —dijo Timba en un último intento por seguir en la cama.

—¡No, tienes que ir ahora! Ya sabes que si no hago lentes el universo entero puede colapsar sobre sí mismo —dijo la mujer mientras le pasaba dos sobrecitos con algo de polvo rojo—. Mira, aquí tienes unas muestras para que se las enseñes al señor Joaquín y no te equivoques.

—Jo, esto no es un mandado... Es una tragedia griega —murmuró Timba mientras arrastraba los pies por el pasillo—. Al menos, ¿puedo comprarme golosinas con el dinero que sobre?

—¡No! ¡Nada de golosinas ni camisas hawaianas, que te conozco!

Molesto porque lo habían anticipado, Timba salió a la calle con el objetivo de cumplir el mandado que le había impuesto su abuela. Afortunadamente para él, la tienda de Joaquín no estaba lejos. Se encontraba exactamente a setenta y tres pasos de la casa de Hortensia (o noventa y dos si uno quería jugar a evitar las rayas de las baldosas). Timba comenzó a recorrer la vereda a la velocidad de una tortuga jubilada. A cada paso que daba le seguía un bostezo. Ya estaba a medio camino, cuando vio que la antigua tienda de monopatines había cerrado y en su lugar había abierto una tienda nueva de almohadas y colchones. Timba se paró de golpe y se puso a contemplar los innumerables almohadones blan-



cos que había el escaparate con la emoción de un niño pequeño.

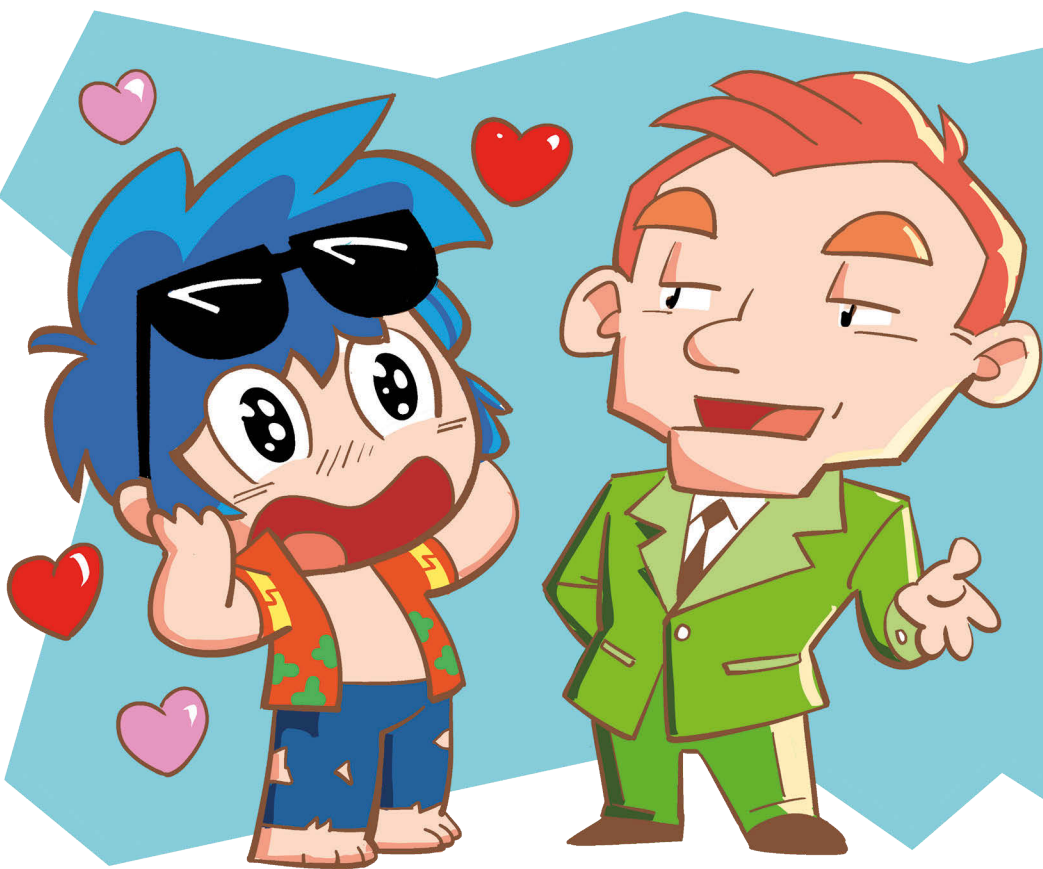
—Hola, joven —le dijo un vendedor acercándose con una sonrisa que parecía sacada de un anuncio—. ¿Cansado de dormir como una bolsa de papas?

—Esto... Bueno... No sé... yo nunca he sido una papa —respondió Timba.

—Ya, sí, claro, pero seguro que alguna vez ha experimentado la desagradable sensación de despertarse con dolor de cuello, ¿no?

—No, a mí lo que me duele es despertarme en general.

—¡Entonces lo que usted necesita es nuestra almohada! ¡La única aprobada por la Asociación Internacional de

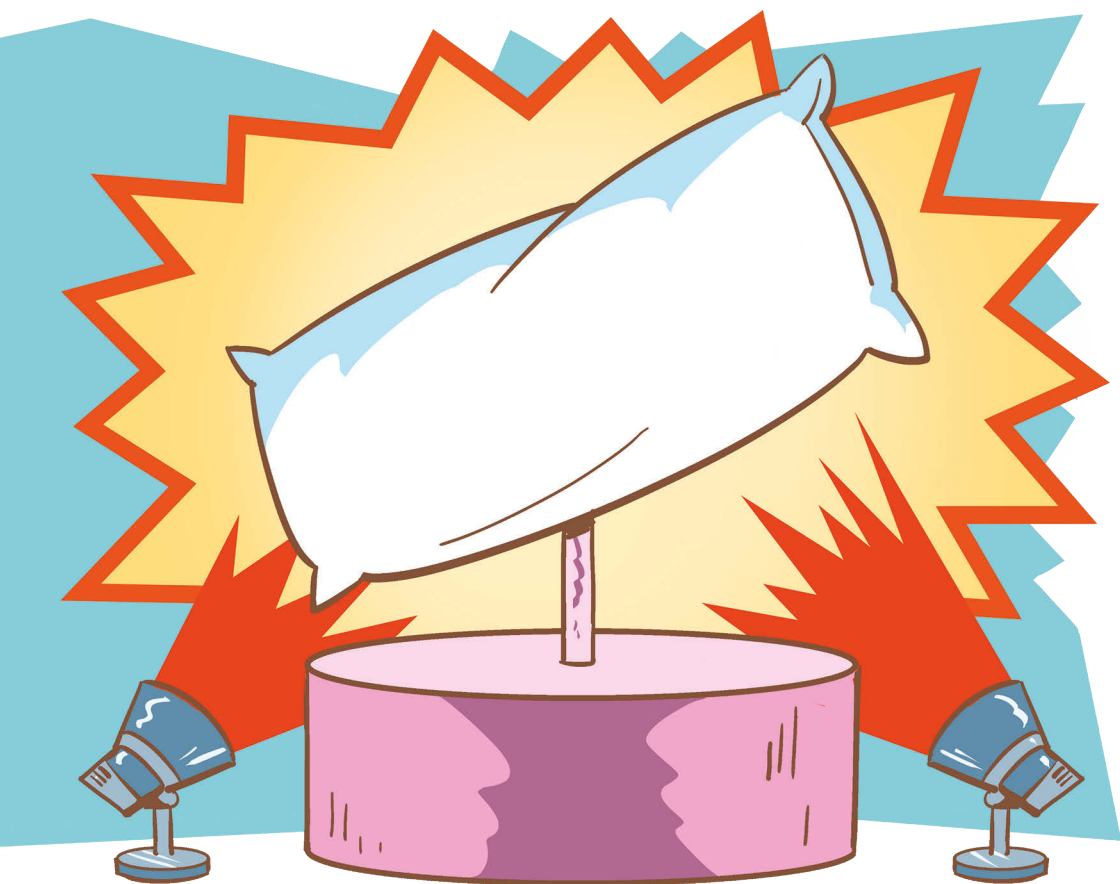


Soñadores Profesionales! ¡Es ergonómica, viscoelástica, canta arrullos por *bluetooth* y, si la abrazas, te dice frases motivadoras como «No hagas hoy lo que puedes dejar para mañana»!

—Oiga, ¿y podría probarla? —preguntó Timba mientras miraba el almohadón con admiración.

—Por supuesto. Aquí tiene —dijo el vendedor entregando al muchacho la avanzada tecnología hecha a base de plumas y espuma.

Rápidamente, Timba agarró la almohada y, al instante, se puso a roncar.



—Oiga, amigo, ¡no se duerma, que esto no es un hotel!
—le dijo el vendedor sacudiéndole un hombro.

—Ah, no... si yo... estaba meditando si pagar con tarjeta o en efectivo —respondió Timba abriendo un ojo.

—¿Entonces se la lleva? —exclamó el vendedor con sorpresa, pues era su primera venta—. ¡Muy bien! ¡No se arrepentirá! ¡Catorce de cada diez personas que compran esta almohada se despiertan felices!

—Eso está muy bien —repuso Timba entregando el billete de diez cubodólares que tenía entre las manos—, pero yo lo que quiero es despertarme tarde.

Después de decir esto, el muchacho salió a la calle, pero no había avanzado ni cinco pasos cuando se acordó de lo que lo había llevado hasta allí.

—¡Anda, leches! ¡El pimentón picante!

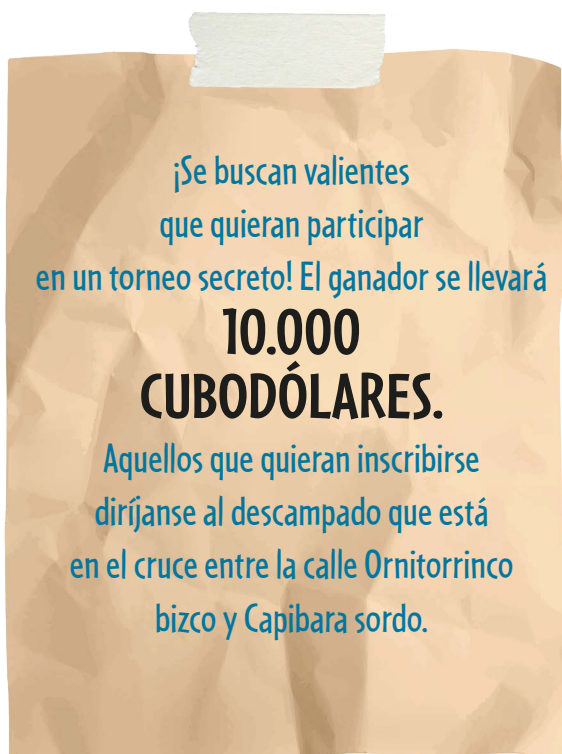
¡Timba lo había olvidado por completo! Se había gastado todo el dinero que tenía en un capricho y ahora no podía llevar a cabo el mandado que le había encargado Hortensia.

—Vaya, mi abuela se va a enfadar mucho si vuelvo con las manos vacías.

Nervioso, el muchacho empezó a caminar en círculos buscando una solución. Como no la encontraba, cambió los círculos por triángulos y luego por cuadrados. Como aun así seguía sin vislumbrar una salida a su metedura de pata, el chico cayó de rodillas al suelo. Iba a empezar a pedir clemencia a los dioses del descanso cuando vio



que, a su lado, había una farola que tenía un cartel pegado que rezaba:



Instantáneamente, Timba lanzó un grito de alegría. ¡Aquella era su salvación! ¡Si conseguía ganar el concurso tendría suficiente dinero para comprar todo el pimentón picante del mundo! ¡Además, también podría comprarse tres o cuatro gafas de sol nuevas! De este modo, Timba echó a correr hacia el descampado con una sonrisa en la boca. Desgraciadamente, cuando llegó vio que no estaba solo. Delante de él, dando la vuelta a la manzana, había una

larga fila de personas esperando su turno para apuntarse al concurso. Desilusionado, el muchacho lanzó un suspiro y se colocó al final de la cola.

—Bueno, como esto no tiene pinta de avanzar muy rápido, voy a aprovechar para hacer algo productivo.

De esta manera, sin pensárselo dos veces, el muchacho cerró los ojos y se quedó dormido de pie.

—¡Oye, tú! ¡Que me babeas el chaleco! —dijo una voz delante de él.

Timba abrió los ojos y vio que tenía apoyada la cabeza sobre la espalda de un chico que llevaba una corona en la cabeza, un chaleco naranja y un pantalón azul. Mostraba una clara expresión de disgusto, como si estuviera enfadado desde los cinco años.